

## Ortega y Gassett: pensamiento y actividad política

El aniversario de Ortega ha dejado tras de si la estela de unos cuantos actos meritorios, números monográficos de revistas, exposiciones y conferencias. También ha visto cómo la significación de su figura era interpretada, en los aspectos concretos de su pensamiento y de su vida, a través de la aparición de un número importante de monografías. Ahora que ya ha pasado el momento oficial es una buena ocasión para intentar que se produzca una decantación de cuanto, en esta celebración, se ha meditado acerca de la figura y la obra del filósofo español. Posiblemente el aspecto en que las coincidencias entre los especialistas serán menores en el futuro sea el de la actuación de Ortega en el terreno de la política, a través de la pluma o como el concurso de su colaboración personal. Buena prueba la tenemos en el hecho de que así ha sucedido ya en la celebración del Aniversario. Gonzalo Fernández de la Mora ha interpretado, por ejemplo, que lo único de valor del Ortega escritor político es el estilo, y que en cuanto a su pensamiento sería nada menos que el precursor de la transición española a la democracia de mediados de los setenta. En «Le-

vitan» se ha hecho una interpretación absolutamente antitética e incluso en sentido divergente. Fernando Ariel del Val ha querido, con un entusiasmo que sin duda podría haber encontrado mejor causa, señalar las consecuencias fascistas del pensamiento orteguiano, y Pellicani ha identificado a Ortega con cierto género de socialismo, cuando en realidad, al menos en mi opinión, la significación de su interés por él no debe ser exagerada, pues tiene sólo una discreta duración.

No existe demasiada esperanza de que este tipo de interpretaciones cesen. La desgracia de un pensador que escribe artículos de periódico es que puede llegar a ser considerado por generaciones sucesivas como un bien mostrenco apto para ser utilizado en sentido contradictorio en beneficio de una propia ideología o como argumento para contundir a la adversaria. Eso, en definitiva, no merece, en réplica, más que un artículo de diario como respuesta.

Muy otro es el caso del libro *La razón y la sombra. Una lectura política de Onega*, que ha publicado Antonio Elorza y que ha merecido los laureles

del premio Anagrama de Ensayo. Elorza es probablemente nuestro historiador de las ideas políticas, perteneciente a la nueva generación que ha realizado una obra más abundante, sugestiva y plural. Sus aportaciones al conocimiento de la Ilustración y primer liberalismo, del socialismo y el anarquismo españoles son simplemente imprescindibles para los historiadores. De sus libros cabe esperar siempre aportaciones inéditas, brillantes y un trabajo de elaboración concienzudo. Su interpretación política de Ortega es un hito en la materia y lo seguirá siendo en el futuro: está muy por encima de la mayor parte de los libros de que disponemos por el momento. Como en él es habitual, Elorza aporta material inédito para su juicio, en este caso la correspondencia de Ortega y el archivo de Urquiza. Además, con mucha frecuencia sus juicios son brillantes. Creo, por ejemplo, que tiene toda la razón al percibir en Ortega un auténtico degarramiento entre el pensamiento político y la necesidad de actuar o, más aún, entre el resultado de esta acción y lo pensado. Esta es la auténtica tragedia de Ortega, mucho más que la supuestamente existente entre una voluntad de racionalización y una actitud finalmente autoritaria.

Pero, dicho con toda sinceridad lo que antecede, el autor de la presente nota quisiera discrepar de la interpretación de Elorza en algunos puntos sustanciales. El primero de ellos es difícilmente soluble porque se refiere al lenguaje del historiador. En particular entre quienes se dedican a la historia de las ideas políticas constituye una técnica habitual el «desenmascaramiento» de los intereses de clase que aparecen tras una línea de pensamiento. Sin embargo, en esta materia el abuso pasa de ser una forma de explicación a otra de confusión. Decir que

Ortega fue «intelectual orgánico del capitalismo nacional» o que «traduce en términos políticos el proceso de nacionalización económica resultante de la neutralidad» es, en mi opinión, un abuso inútil. Abuso, porque da la sensación de haber encontrado una clave interpretativa, en realidad inexistente en términos globales; inútil porque, además, todo se reduce a que Urquiza, que era un capitalista, financió «El Sol», lo que es ya suficientemente conocido. En segundo lugar, la interpretación política de Ortega hecha por Elorza peca de algo que cualquier historiador pudiera haber cometido, pero que se aprecia de manera especial como resultado global en su libro. Este da inevitablemente una sensación de cojera si no se entrelaza su actitud política de manera suficiente con el transcurso vital del filósofo y con la evolución de su pensamiento filosófico, para él mucho más decisivo. Es evidente, por ejemplo, que el desvío hacia la acción política nace en él no sólo de la desafección periódica de lo que sucede sino de una voluntad introspectiva, inexistente por ejemplo en otros escritores más caracterizadamente políticos, como Araquistáin o Maeztu. ¿Cómo llegar a conocer, pues, el pensamiento y la acción política orteguiana? Me parece que lo fundamental es descubrir la línea básica que se advierte en sus obras filosóficas e interpretar los artículos en su contexto exterior. De las primeras hay que advertir que no son sólo textos políticos: erraría quien juzgara así *La España invictachrada* o, sobre todo, *La rehelión de las masas*. Con respecto a los artículos resulta no sólo fundamental el conocimiento preciso del contexto sino también tener en cuenta que muchas veces se describe una situación, que no necesariamente se juzga en términos políticos. En el caso de Ortega me parece que el uso de la

correspondencia particular puede ser peligrosa: en primer lugar, porque obviamente no fue nunca pública y, en segundo, porque se escribía pensando en un otro cuyos intereses y postura podían ser muy diferentes de los del filósofo. Me parece que en relación con todas estas cuestiones es pasible discrepar en puntos importantes de la interpretación de Elorza. Y queda, en fin, una cuarta cuestión, que es la que se refiere al creciente autoritarismo que Elorza cree ver en Ortega. Personalmente opino que la posición de liberalismo reformista orteguiano<sup>18</sup> acuñada en torno a 1914 no se modifica hasta su muerte, por mucho que cambie el contexto, y ello es especialmente significativo cuando en otros medios europeos sí que se produce ese tipo de evolución.

Me imagino que mi interpretación, caso de ser inteligible y merecer la atención del lector, puede ser mejor comprendida al hacer referencia a cada una de las etapas en la evolución del pensamiento político orteguiano habitualmente admitidas por los estudiosos de la obra del filósofo.

Creo que acierta Elorza cuando en la primera etapa de Ortega, ¡ hasta 1914, descubre su interés sucesivo por «dejar el paso a los hombres de la razón». En cambio, a mi manera de ver, exagera la importancia concedida por el filósofo al Partido Socialista. Tiene Elorza razón al juzgar que a Ortega lo que le interesa de este partido es su capacidad pedagógica y organizadora de las clases populares y al asemejar su actitud al acercamiento entre liberales y socialistas por estos años en Gran Bretaña. Sin embargo, en el texto de Elorza hay un error al juzgar cojno especialísicamente relevante su preocupación por el PSOE que, a mi modo de ver, es circunstancial. Precisamente a este respecto se muestra 1º única significativa falla de nuestro autor en

el manejo de la bibliografía orteguiana. Un artículo de Pierre Conard publicado en los *Mélanges* de la Casa de Velázquez reveló, ya hace unos años, la significación del Ortega radical durante los años 1909-1910, mucho más entusiasta que el socialista posterior, por muy extraño que nos pueda parecer hoy en día. Lo que sucede es que este primer Ortega está tratando de encontrar en la escena española una disciplina de galvanización o de regeneración nacional: primero será el radicalismo, luego el socialismo y, en fin, el reformismo. Pero esto no quiere decir que Ortega sea sucesivamente radical, socialista y reformista; lo que quiere decir es que está buscando un asidero para llevar a cabo una reforma liberal frente al mundo caduco de la restauración. Si siente interés por el radicalismo es porque le parece un ejemplo de «liberalismo agresivo»; si alaba el «rescate socialista» es por su función de lenta concienciación de las clases trabajadoras; si se identifica con el reformismo es porque es la expresión de la «competencia» frente a ese «estorbo nacional» que constituyen los grupos liberales. En todos los casos el interés de Ortega por esos grupos políticos es corto e incluso se puede decir que obedece a razones distintas de los principios que guían a los dirigentes de esos partidos. Por eso la decepción suele ser rápida y la distancia entre los puntos de partida del admirador y el objeto de la admiración bastante grande. Desde ese punto de vista hay, en mi opinión, que juzgar la interpretación de Elorza sobre el primer Ortega. No es sólo que exagere su interés por el socialismo, sino que además interpreta al filósofo y lo juzga a partir de unas premisas que le son estrictamente ajenas. La acusación de no tener en cuenta las contradicciones de clase o de patrocinar un productivismo de las clases populares

no procede de una crítica interna al pensamiento orteguiano, sino de la posición de Elorza respecto de él: hubiera parecido, en cambio, más correcta una crítica desde la propia coherencia de la obra del filósofo. La alusión al «sansimonismo» de Ortega está traída de los pelos; valdría más haber empleado para definir a este Ortega inicial los términos «regeneracionismo liberal» o algo parecido. En mi opinión quizá lo que puede dar una mejor idea, visto desde nuestra perspectiva, de su actitud es el pedagogismo social en sentido liberal que enuncia en 1914, momento en que, según Mariñas, hace su primer balance vital y, por así decirlo, «reabsorbe» su circunstancia.

En los años que median entre el estallido de la primera guerra mundial y el advenimiento de la Dictadura se aprecian los primeros desvíos de Ortega respecto de su presencia en el escenario de la política. En el texto de Elorza existe, por una parte, el reconocimiento de que la posición de Ortega es de un reformismo liberal, pero, también, un reproche a las renuncias a la actuación en el terreno de la política beligerante, a las críticas a la sociedad española por su escasísimo avance y un deslizamiento hacia actitudes autoritarias. A lo primero creo que se puede rearguir que el mundo de Ortega no era como el de un Araquistáin o incluso Azaña, un mundo de intereses primariamente políticos. No tiene nada de extraño, por tanto, que pasara de «España» a la pura reflexión especulativa de «El Espectador». No cabe la menor duda de que si «España» se hizo más política en las manos de Araquistáin lo hizo en detrimento, al mismo tiempo, de su calidad intelectual y en beneficio de una simplificación (que, entre otras cosas, era inevitable, pues «España» se convirtió en órgano de expresión pagado

del intervencionismo aliadófilo). Por otro lado, dada la situación española que permitía entrever en la lejanía la posibilidad de una modernización política en sentido liberal, pero que, por su retraso y el solapamiento de un tipo de subversión de izquierda a la que Ortega era radicalmente opuesto, parecía no poder alcanzarlo nunca, se explican las sucesivas decepciones del filosófico así como alguna manifestación, más acida en su correspondencia personal que en sus textos públicos, de pesimismo. Quizá ninguna mejor demostración del cambio de ánimo al que empujaban las circunstancias que la distancia que media entre «Albriñias nacionales» y «el descrédito de un Gobierno», los dos artículos que Ortega dedicó al gobierno de 1918. Ahora bien, todo esto puede considerarse anecdótico al lado de una línea orteguiana que permanece invariable. Hay, en efecto, al margen de la pequeña referencia al-suceso del día, una línea de trasfondo idéntica que va desde la crítica al mundo de la Restauración, demasiado convencida de la inminencia del cambio («Bajo el arco en ruinas»), la conciencia de las dificultades de esta transformación («Idea de estas elecciones»), la crítica a la derecha reaccionaria (identificada en la Cierva<sup>^</sup> calificado como «Tartufo») y la voluntad de encauzar los deseos de transformación social por la vía de la legalidad que se percibe en sus artículos sobre Andalucía en 1920. Y esa línea se llama reformismo liberal mucho más que se identifica con el capitalismo nacional de la primera posguerra mundial. En la empresa de *El Sol* Ortega expresa su opinión propia y, en cierto sentido, la de Urgoiti, que le financiaba, no la de ningún otro colectivo: Por utilizar una frase de este último que cita Elorza, efectivamente el programa del diario era lograr el «mejoramiento político sin perturba-

ciones materiales», pero eso no es una limitación de clase del pensamiento orteguiano, sino una expresión de lo que es su esencia: el liberalismo, i

Y habría que hacer aquí una mención acerca del supuesto deslizarhien-to de Ortega hacia posiciones autoritarias. La tesis de Elorza, según la cual a la «España invertebrada» le correspondería un «tono prefascista» y el Ortega de los años veinte habría visto eclipsado su liberalismo en nombre de un nacionalismo unitarista y de unos matices claramente semifascis-tas, me parece incorrecto. Me parece que, en efecto, Ortega distó de entender la conciencia de nacionalidad de Cataluña, pero el fundamento de su nacionalismo, radicado en una peculiar interpretación histórica que hoy nos parece francamente discutible, no le lleva ni al fascismo ni al autoritarismo como doctrina política. Ese pacio-nalismo que nace de la existencia de una peculiaridad nacional es un «topos» en el pensamiento de la época, que se da en todos los escritores! desde Maeztu a Araquistáin y Zugazagoitia, pasando por Alomar e incluso Izaña. No tiene pues, aplicación política inmediata. En cuanto a la crítica al liberalismo parlamentario, me parece evidente que en Ortega elige como destinatario el modo cómo en España se lleva a la práctica. La críjica al «particularismo» es la que se puede hacer a un país en tránsito de modernización y en la que esta tiene como primer resultado de fragmentación, pero no es una crítica antiliberal ni antiparlamentaria. Ortega no fue ni Pareto ni Mosca, e incluso el sentido de su actitud política es mucho más inequívoco que el de Costa. Porque quería el liberalismo como destino final criticaba sus obvios defectos en la práctica española.

Un buen ejemplo de un juicio aislado del contexto histórico esleí que

afirma que Ortega mostró una complacencia duradera por el régimen dictatorial de Primo de Rivera y, en general, por cualquier dictadura en estos momentos. Lo cierto es que no sólo Ortega sino la mayor parte de la sociedad española aceptaron la Dictadura con un grado de unanimidad, activa o pasiva, que hoy, como es lógico, nos parece increíble. Pero ello deriva que en 1984 no podemos comprender la tesis de una dictadura regeneracionista, corta y destinada a concluir en una situación liberal que supere la corrupción preexistente. Ortega mantuvo una brevíssima benevolencia respecto de este régimen, como la había mantenido en el pasado respecto del Gobierno Nacional, por ejemplo. Ahora bien, en una fecha tan temprana como 1924 figura firmando manifiestos contra el dictador. Para acabar de comprender su producción política durante el periodo hay que tener en cuenta que los tiempos e incluso la actitud de la nueva generación conducían a una cultura mucho menos comprometida que en épocas pretéritas, que además, como el propio Elorza admite, Ortega practicó un tipo de reflexión que, con independencia de los pequeños incidentes diarios, procuraba incidir en los temas fundamentales y que repudió personalmente un tipo de beligerancia política excesiva que acababa por nublar la realidad de las cosas. Pero evidentemente, el hecho de que no quisiera volver a Romanones no quería decir que le gustara Primo de Rivera, ni que considerara a Maura como el «único político» de su época demostraba identidad con sus posturas derechistas.

Me parece que Elorza es muy injusto al juzgar la postura orteguiana con respecto al régimen republicano de 1931. No es sólo que Ortega supiera conectar, como dice nuestro autor, con la «sensibilidad política» que per-

mitió la emergencia del nuevo régimen, sino que contribuyó a crearla, la República fue, para él, la gran ocasión largamente esperada que llegaba además en el instante de plenitud vital de su generación. El que, durante ella, se viera condenado, a partir de un determinado momento, a un amargo silencio debió constituir toda una tragedia personal. Pero la razón de su decepción no deriva de su deslizamiento en sentido autoritario, ni conservador, ni siquiera de la condición epigonal de su pensamiento y de su actitud en estos años. Todas estas ideas están presentes en el texto de Elorza, en el que el juicio fundamental, si lo he interpretado bien, consiste en que Ortega, unitario y procapitalista, se desvía muy pronto de las instituciones para sumirse en una postura resentida y derechista. Lo cierto -me parece- es que Ortega lo que critica en la República es el malbaratamiento de una gran ilusión nacional, pero no porque adopte un tono en exceso izquierdista, sino porque la clase dirigente republicana, simplemente, hizo mal muchas cosas. Lo primario en sí no fue tanto el repudio de la presencia del socialismo en el poder sino la crítica al supuesto «radicalismo» de una buena parte de la izquierda republicana. Incluso su idea de que el socialismo debía abandonar el poder es una tesis que no deja de tener su fundamento. Fue la defendida, en definitiva, por Besteiro y la que la gran mayoría del voto republicano eligió en 1933. Se puede pensar que Ortega no comprendió, en toda su significación, el problema catalán, pero, contrariamente a lo que se suele decir, la tesis de que era y es insoluble y sólo se puede «conllevar», encierra una buena dosis de sabiduría. Su actitud en 1933 no era vejatoria y resentida, sino angustiada ante una izquierda que había fracasado como fórmula, al menos de

momento, y una derecha en la que veía muy escasa esperanza. Si realmente su posición hubiera sido autoritaria ó prodictatorial en la circunstancia de los años treinta, hubiera sido lógico que se mantuviera como tal públicamente. Pero Elorza no revela nada más que la corta y ambigua historia de un «Frente Español» cuyo orteguismo es más que dudoso, y al que dedica un número de páginas notoriamente excesivo de un libro sobre el pensamiento político orteguiano.

Y quedó, en fin, la guerra civil. Hay quien piensa que un acontecimiento de este calibre sirve para definir de manera nítida la postura de un intelectual. Personalmente opino que en una coyuntura como ésa, incluso para un político, pero más aún para un intelectual, la definición es imposible. Quien se compromete suele, en estas ocasiones, desdecir su pasado: el mejor Antonio Machado no es el de los versos a Líster («Si mi pluma valiera tu pistola de capitán, contento moriría»), ni siquiera el mejor Alberti. Precisamente porque era liberal Ortega automáticamente quedaba marginado de los dos bandos. Su posición debe ser explicada a partir de su salida de España! de su negativa a escribir públicamente en favor de uno de los bandos y en su condena de las simplificaciones que, desde el exterior, se hacían. No es una clave interpretativa una jcarta a un intelectual, liberal como él, manifestando una preferencia por Franco, porque lo que habría dado un sentido político a esa afirmación habría sido publicidad. Además, en definitiva, la tragedia de la República fue en su última etapa que el sentido de sus instituciones hubiera sido lo suficientemente alterado como para qué la intelectualidad liberal (los Unamuno, Marañón, Pérez de Aya-la...) estuviera en tentación de desligarse de ella, sin estar tampoco con el

otro bando. Quizá pensaban que en ella no era posible salvar lo que Marías ha denominado «los restos del naufragio».

Lo que al autor de estas líneas le ha movido a escribirlas es la asunción, patente, en mi opinión, en el libro de Elorza, según la cual el liberalismo en época de crisis deviene autoritario o fascista. El inteligente libro de Elorza lo sería más si hubiera ese apriorismo que me parece de raíz ideológica. A lo sumo una interpretación más correcta podría ser que el fascismo, porque

quiere parecer moderno, adopta en ocasiones terminología de procedencia liberal. Ortega no fue reencontrado por Falange en los cincuenta, sino inventado. Porque la raíz del pensamiento político orteguiano, con todos los posibles errores de apreciaciones al filo de los días en sus artículos y alguna carencia en el fondo, fue el proponer una modernización liberal para España. Cuando la movilización hi-perpolitizada la hizo imposible, él pensó que no le quedaba otro recurso que el silencio.

J.T.\*

\* Catedrático de Historia Contemporánea de la UNED. Escritor.